

## ENTREMESES DE VARIOS AUTORES

52

### Entremés famoso de los Inven- cibles hechos de Don Quijote de la Mancha.<sup>1</sup>

HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES:

UN VENTERO.	UN ARRIERO.
SU MUJER.	MARINA, moza del VENTERO.
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.	DOS MÚSICOS.
SANCHO PANZA, su escudero.	OCHO PÍCAROS.

*Sale el VENTERO con una estaca en la mano y su MUJER con él.*

MUJER.

Digo, marido mío, que esa gente se vaya con los diablos, que no quiero que estén más en la venta.

VENTERO.

¿Qué os han hecho, que estáis con ellos dese modo agora?

MUJER.

Estanme echando todos bernardinas, pidiéndome imposibles por momentos.

VENTERO.

¿Qué os piden, por mi vida?

MUJER.

Disparates: los átomos del Sol, el ave Fénix y [la] leche de todas las Cabrillas.

VENTERO.

¿No véis, mujer, que queso es regodeo, y siempre se acostumbra por las ventas echar pullas á todos?

MUJER.

Yo lo creo; pero yo nunca gusto desas pullas, que soy peor que el diablo si me enoja.

VENTERO.

Dejemos eso ya, por vuestra vida, y vamos á lo que hay de nuevo agora.

<sup>1</sup> En la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Barcelona, 1617. Al final se atribuye este entremés á Francisco de Avila, natural de Madrid.

MUJER.

El mercader de Ocaña se ha partido y pagó el hospedaje y la cebada.

VENTERO.

Y el arriero de Sevilla, ¿es ido?

MUJER.

Por no tener herrado el macho rucio, no se partió denantes con los otros.

VENTERO.

De comida, ¿qué hay?

MUJER.

Medio carnero, una pieza de vaca y seis chorizos, y un pernil de tocino.

VENTERO.

Con aquello y aquesos palominos, pasaremos hasta que venga Antón con las gallinas.

MUJER.

Parece que á la venta llega gente.

VENTERO.

Dos pícaros son, desarrapados, que vendrán á pedir de venta en venta.

MUJER.

Hagámonos á un lado, y va de cuenta.

*(Hácese á un lado el VENTERO y su MUJER, y salen á lo pícaro DON QUIJOTE DE LA MANCHA y SANCHO PANZA, su escudero, lo más ridículo que ser pudiese, y DON QUIJOTE salga con una lancilla y morrión de papel.)*

DON QUIJOTE.

Gracias á Dios, amigo Sancho Panza, que después del discurso de mi vida, donde he peregrinado tantas veces, he llegado al castillo deseado adonde está encantada aquella infanta, espejo de beldad y de belleza.

SANCHO.

Aquesta más parece alguna venta del tiempo de Pilatos, que otra cosa.

DON QUIJOTE.

Mal sabes donde estás, Sancho querido, pues no ves el castillo deseado, lleno de piezas y de tiros de oro,

donde he de ser armado caballero por mano desta infanta deseada.

SANCHO.

Si todo lo que pides y deseas te viniera á las manos, yo imagino que fueras en el mundo otro Alejandro.

DON QUIJOTE.

Yo espero, Sancho Panza, en la fortuna que tengo de salir con esta empresa, sacando á Dulcinea del Toboso, del castillo encantado, donde asiste en poder de gigantes y de leones.

SANCHO.

Primero quedaremos hechos piezas á manos de villanos foragidos, que siempre nos persiguen y atropellan con chuzos, con ballestas y asadores.

DON QUIJOTE.

Después de haber pasado estos naufragios verás el fin que tengo destas cosas, y cómo entro triunfando por la Mancha como entró por su Roma Julio César.

SANCHO.

Mira bien lo que haces, Don Quijote, no demos por tu causa de cogote.

DON QUIJOTE.

De presto te acobardas, Sancho Panza. ¿No sabes que este bravo valeroso ha dado muestra en tantas ocasiones del valor y la sangre que en sí encierra?

SANCHO.

Lo que podré decir es que anteanoche me dieron por detrás cuatro bien dados, porque quise volver por tu persona.

DON QUIJOTE.

Hiciste como noble caballero; todo lo tengo puesto por memoria; ninguna cosa perderás conmigo, que eres mi reconcomio y mi bodigo.

SANCHO.

¡Plegue á Dios que después no lo lloremos en algún hospital, cuando tengamos abiertas por ventura las cabezas!

DON QUIJOTE.

Con eso dejaré nombre en la Mancha.

SANCHO.

Hartas manchas tenemos sin que busques otra mancha mayor para dejalla.

VENTERO.

Digo que es linda gente, por mi vida, la que ha llegado agora á nuestra venta: medraremos con ellos.

MUJER.

Por tus ojos que procures hacer que aquí se alleguen, pues reposan agora nuestros huéspedes y está la venta quieta.

VENTERO.

Que me place.

DON QUIJOTE.

Ya pienso que ha salido del castillo el noble castellano que le guarda. Quiero probar, amigo, mi ventura.

SANCHO.

¡Plegue á Dios que no pague tu locura!

DON QUIJOTE.

La paz de Jerjes sea con vosotros, valerosos gigantes denodados.

VENTERO.

Vengan muy noramala los bribones.

SANCHO.

De presto nos han dicho lo que somos. No hay sino que tomemos el camino antes que nos despidan y nos digan: piquen al pueblo, amigos, que aquí hay pulgas.

DON QUIJOTE.

El deseo tan grande que he tenido de venir á probar mi fuerza heroica, ha sido la gran fama que ha corrido por todas las provincias y ciudades de la beldad y gracia de la infanta Dulcinea del Toboso; y así vengo á probar, como debo, mi ventura, que espero en la fortuna y en el tiempo que tengo de salir con esta empresa.

VENTERO.

Por cierto, caballero, que me huelgo de veros con tal ánimo y propósito, que está la triste infanta deseando que venga algún extraño caballero á probar su ventura á este castillo, por ver si su valor y fortaleza le dan la libertad que ha deseado. Mas antes que consiga aqueste intento se ha de armar caballero en esta plaza, porque de otra manera es imposible desencantar la fuerza de su encanto.

SANCHO.

¡Vive Dios, que sospecho que al ventero le ha pegado, sin duda, Don Quijote la enfermedad que tiene aquestos días, que todo se le va en caballerías!

DON QUIJOTE.

Si no falta más que eso, castellano, vengan luego las armas y el estoque con que he de ser armado caballero, que yo quiero velarlas esta noche por dar principio á tan heroica hazaña y levantar mi nombre en todo el mundo.

SANCHO.

¡Plega á Dios que con estas aventuras no quedemos los dos después á oscuras!

VENTERO.

¿Qué os parece, señora, desta gente?

MUJER.

Que el rey puede gustar de sus donaires.

DON QUIJOTE.

Id, castellano, luego por las armas, que las quiero velar, como es costumbre, entre hidalgos y nobles caballeros.

VENTERO.

Pues esperad aquí mientras las traigo, y digo á Dulcinea del Toboso el pensamiento vuestro y su ventura.

DON QUIJOTE.

Decidla de mi parte mil requiebros, y como estoy perdido por sus ojos, que apenas verá el sol de su belleza cuando cobre valor y fortaleza.

MUJER.

Esperad, caballero.

DON QUIJOTE.

Que me place.

SANCHO.

Decidle á Dulcinea del Toboso que estamos pereciendo de hambre entrambos, que nos envíe algunas zarandajas, que tenemos las tripas hechas rajadas.

VENTERO.

Yo haré lo que mandáis, nobles Alcides.

DON QUIJOTE.

Tu pensamiento con mi gusto mides.

*(Váanse el VENTERO y su MUJER.)*

¿Qué te parece, amigo Sancho Panza?

¿No somos de ventura?

SANCHO.

Sí, por cierto.

DON QUIJOTE.

Dame ya por señor deste castillo y esposo desta infanta, por quien muero.

SANCHO.

¿Es hermosa, señor?

DON QUIJOTE.

No hay en el mundo mujer más celestial ni más hermosa. Su frente es de marfil, sus ojos soles, los cabellos son oro de la Arabia, los labios de coral, sus dientes perlas, la barba bella, más que la escarlata, y toda junta viene á ser de plata.

SANCHO.

Pues ¿hasla visto alguna vez por dicha?

DON QUIJOTE.

Yo, [no]; nunca.

SANCHO.

Pues dime, ¿cómo sabes que tiene aquesas partes Dulcinea?

DON QUIJOTE.

Parécemelo á mí.

SANCHO.

¡Gentil locura!

¡Plega á Dios que no sea algo patoja, tuerta de un ojo y de nariz longísima, que suele haber por estos atochares mujer que mata de un regüeldo á un hombre.

DON QUIJOTE.

Por extremo has andado, Sancho Panza.

SANCHO.

Soy hombre de valor y de crianza.

*(Sale el VENTERO con unas armas de esparto ó de guadamací, de modo que provoquen la risa.)*

VENTERO.

Véis aquí, caballero, vuestras armas; no hay sino que os pongáis luego al momento á velarlas en esta plaza misma.

DON QUIJOTE.

Digo que yo obedezco lisamente; pero ¿qué respondió la bella infanta de que supo que estaba en estas selvas el noble Don Quijote de la Mancha?

VENTERO.

No sabré encarecer, noble manchego, el gozo que sintió cuando le dije el principal intento que os traía á esta selva remota, ó á este páramo.

DON QUIJOTE.

Qué, ¿tan grande solaz ha recibido de saber que he venido en su defensa?

VENTERO.

Es locura pensar encarecello.

DON QUIJOTE.

¡Oh, Dulcinea hermosa! ¡Oh, bella infanta! ¡Quién nos viera á los dos en una manta!

VENTERO.

Quedad con Dios, ilustre caballero, y el hado os favorezca en esta empresa.

DON QUIJOTE.

Yo velaré las armas esta noche.

VENTERO.

En sabiendo que es hora vendré luego á armaros caballero á sangre y fuego.

*(Váse el VENTERO y pone DON QUIJOTE las armas en medio del tablado.)*

DON QUIJOTE.

Ayúdame á velar aquestas armas, porque si Dios después te da ventura, sepas el orden que se guarda siempre cuando alguno se arma caballero. Presto lo pienso ser, y dar principio á la hazaña famosa que me espera.

SANCHO.

Y yo pienso que entrambos quedaremos con aquesta locura que emprendemos.

DON QUIJOTE.

Andemos por aquí.

SANCHO.

Yo quiero echarme y dormir á placer como los pícaros, que no quiero estar hecho un estafermo, que, si no como y duermo, estoy enfermo.

*(Échase á dormir á un lado en el suelo SANCHO PANZA, y anda DON QUIJOTE alrededor de las armas, á modo de velarlas, y mirando á una parte y á otra, dice este soneto):*

DON QUIJOTE.

Paredes tenebrosas y escurísimas, rejas de hierro fuerte y celebérrimo, escuchad, si queréis, mi mal intérrimo, si es que estáis á mi pena piadosísimas.

Pero ¡ay de mí!, que os hallo muy altísimas y tengo aqueste pecho tan pulquérrimo, que, aunque quiera llorar mi mal acérrimo, os hallo siempre crueles y durísimas.

Decidle de mi parte al sol clarífico de aquesa bella infanta por quien ándigo, de la misma color que están los dátiles, que me muestre su pecho más magnífico, que no es razón que tenga el rostro pándigo quien goza de unas luces tan errátiles.

*(Dice dentro el ARRIERO, sin salir afuera.)*

ARRIERO.

Hola, Marina, ¿dónde está el caldero?

MARINA.

Junto á la puerta está.

ARRIERO.

Yo no lo hallo.

MARINA.

Pues ahí lo dejé.

DON QUIJOTE.

¡Lindo por cierto!

Esta es la voz divina de la infanta. Quiero ponerme al pie destas vidrieras para gozar del eco de su boca, que en el alma me bulle, corre y toca.

ARRIERO.

Ven á enseñarme donde está, Marina, que no está por aquí.

DON QUIJOTE.

¡Gallardo ingenio tiene la lumbre de mis bellos ojos! Miren por qué camino tan extraño me ha querido decir que está á la mira para gozar de mis famosos hechos.

*(Sale el ARRIERO con el caldero y tropieza en las armas y desbarátaselas.)*

ARRIERO.

¡Lleve el diablo al borracho que aquí puso todo aqueste embarazo!

DON QUIJOTE.

¡Oh vil andante!

¿Cómo te has atrevido desa suerte á deshacer las armas valerosas del noble Don Quijote de la Mancha, espejo de los príncipes del mundo? Pero, pues cual villano te atreviste, como villano has de morir agora.

ARRIERO.

¿Sabe lo que ha de hacer si está borracho? Irse á dormir la zorra entre esos trigos, que le haré cuatro partes la cabeza si disparo del brazo este caldero.

DON QUIJOTE.

Hombre que á tales cosas se ha atrevido, merece que le pase aquesta lanza.

*(Dale con la lanza al ARRIERO, y él repara el golpe con el caldero.)*

ARRIERO.

Si es loco, por la pena será cuerdo; tome el borracho.

DON QUIJOTE.

¡Ay Dios, que muero á manos de un gigante calderero! Recuerda presto, amigo Sancho Panza, dese sueño agradable y salútfiero, que me cercan el cuerpo mil gigantes, y me han hecho pedazos las corazas.

*(Levántase alborotado.)*

SANCHO.

¿Qué es eso de gigantes, señor mío?

DON QUIJOTE.

Dame la mano, Sancho, por tu vida, que no me puedo alzar.

SANCHO.

Pues no es de gordo, que, por vida de Sancho, que ha ocho días que no comemos á derechas nunca.

DON QUIJOTE.

Todo saldrá después en la colada.

SANCHO.

Eso será, señor, cuando te veas pegado á la pared como gargajo; pero ¿qué destrucción es la que habido, que parece que estás descolorido?

DON QUIJOTE.

Heme visto cercado de gigantes, de tigres, de leones, de panteras y puesto en gran peligro.

SANCHO.

Pues ¿qué es de ellos?

DON QUIJOTE.

Tragóselos la tierra, Sancho Panza.

SANCHO.

Otro día nos tragará á nosotros.

DON QUIJOTE.

Volver quiero á velar las reales armas antes que vuelva el castellano noble á armarme caballero, como ha dicho.

SANCHO.

Mejor fuera dejar esas locuras y volvernos á casa poco á poco antes que te persigan como á loco.

DON QUIJOTE.  
Si esta grandeza alcanzo, Sancho Panza,  
al cuello te he de echar una cadena.

SANCHO.  
¡Plega á Dios que algun día no me vea,  
por tu temeridad y tu locura,  
metido en una sarta de galeotes,  
rapadita la barba y los bigotes!

*Vuelve á salir el VENTERO con un estoque viejo.*

VENTERO.  
Ya es hora, gran señor, de que os armemos  
y gocéis como tal, el sacro título  
de caballero noble.

DON QUIJOTE.  
Pues si es hora,  
comiencense al momento, castellano,  
las reales y invencibles ceremonias.

VENTERO.  
Las armas vengan, pues están veladas.

SANCHO.  
También vuesa merced, señor ventero,  
nos pudiera velar, que nos morimos  
ambos á dos de hambre.

DON QUIJOTE.  
¡Calla, necio!

VENTERO.  
Hincaos, pues, de rodillas.

DON QUIJOTE.  
Que me place.  
*(Vale armando el VENTERO.)*

VENTERO.  
¿A qué se obliga el noble caballero  
que se tiene por tal?

DON QUIJOTE.  
A muchas cosas.

SANCHO.  
A no pagar jamás lo que debiere,  
á gastar, mal gastado, el mayorazgo;  
á jugar, á putear, á darse á vicios,  
y no emplearse nunca en buenas obras.

VENTERO.  
Vuestro paje, señor, es muy satírico.

DON QUIJOTE.  
Tiene donaire en cuanto dice y habla.

SANCHO.  
Y si callo, no soy más que una tabla.

VENTERO.  
¿Queréis ser caballero?

DON QUIJOTE.  
Sí, quiero.

VENTERO.  
¿Queréis ser caballero?

DON QUIJOTE.  
Sí, quiero.

VENTERO.  
¿Queréis ser caballero?

DON QUIJOTE.  
Sí, quiero.  
*(Dale tres golpes con el estoque y levántase DON QUIJOTE.)*

VENTERO.  
Dios os haga, señor, gran caballero.

SANCHO.  
Y á mí me dé paciencia en tales cosas.

DON QUIJOTE.  
¿No estás contento, Sancho?

SANCHO.  
Más quisiera  
el asno que vendí que tus locuras.

DON QUIJOTE.  
Después verás el fin de mis venturas.

*Sale la MUJER del VENTERO.*

MUJER.  
La infanta Dulcinea del Toboso  
viene, señor, á veros.

DON QUIJOTE.  
Ella sea  
como el agua de Mayo, bien venida.

VENTERO.  
¿Viene todo trazado como dije?

MUJER.  
Ya vienen todos con chacota y fiesta,  
y Marina, la moza de la venta,  
sale que es un contento.

VENTERO.  
Pues ¿qué aguarda?

MUJER.  
Solo el aviso tuyo.

VENTERO.  
Pues comience,  
que á fe que ha de ser fiesta nunca vista.

*(Toquen atabalillos, y salen los Músicos delante, y detrás dellos cuatro pícaros de figurillas, y otros cuatro con un palió hecho de una manta vieja, y debajo del MARINA, la moza del ventero, vestida á lo ridículo.)*

MÚSICOS.  
Dulcinea y Don Quijote  
son dos reyes de almodrote.

MARINA.  
Sea vuestra excelencia bien venido.

DON QUIJOTE.  
Y vuestra majestad muy bien hallada.

MARINA.  
¿Cómo está esa persona?

DON QUIJOTE.  
Pesadísima  
de los muchos trabajos que he pasado  
en el largo discurso de mi vida;

pero todo lo doy por bien gastado  
respecto de haber sido por tu causa.

SANCHO.  
Yo he estado con catarro cuatro veces  
del agua que he bebido en el camino,  
y de estar al sereno algunas noches.

MARINA.  
Lleguen los grandes de mi reino y corte  
á besaros la mano.

DON QUIJOTE.  
Sea en buen hora.  
*(Van llegando y besándole la mano con mucha cortesía.)*

MARINA.  
Este que llega es el señor de Sarna,  
sangre ilustre de Sabañón barbado.

SANCHO.  
Es Don Quijote muy lisiado dellos.

DON QUIJOTE.  
Yo le tendré por mi pariente siempre.

MARINA.  
Este el cangilón de Capadocia;  
come muy bien solomos y morcillas,  
y otras cosas de puerco.

DON QUIJOTE.  
Hame agradado.

SANCHO.  
A mí ni más ni menos, porque gusto  
de semejantes príncipes.

MARINA.  
Aqueste  
es el gran condestable Papanduja,

SANCHO.  
Pues échenle entre pajas, no se pierda.

MARINA.  
Este es el almirante de Modorra.

SANCHO.  
Con ella estuve yo los otros días.

DON QUIJOTE.  
Caballeros ilustres, nobles hombres  
del reino y corte de mi dulce esposa,  
en mí tendréis un rey aplacentísimo.

SANCHO.  
Y en mí tendréis un flaco escuderísimo.

TODOS.  
¡Vivas, señor, mil años!

DON QUIJOTE.  
Todos sean  
para el servicio de este sol de Hebrero.

TODOS.  
¡Victor [á] Don Quijote, victor, victor!

VENTERO.  
Vamos hasta el Alcázar, caballeros,  
que ya es razón que nuestro rey descanse.

DON QUIJOTE.  
Guiad, pues, á palacio, caballeros,  
y sigase la letra comenzada,  
dando fin á mi empresa deseada.

*(Cantan los Músicos.)*

Músicos.  
Dulcinea y Don Quijote  
son dos reyes de almodrote.  
A aquesta venta llegaron  
Don Quijote y Sancho Panza,  
y por su buena crianza,  
todo el mundo conquistaron;  
y tanto se señalaron,  
que no les quedó bigote.  
Dulcinea y Don Quijote  
son dos reyes de almodrote.

*Fin del entremés de Don Quijote de la Mancha, compuesto por Francisco de Avila, natural de Madrid.*

## 53

Entremés famoso del Mortero y chistes del Sacristán.<sup>1</sup>

COMPUESTO POR FRANCISCO DE ÁVILA,  
VECINO DE MADRID

HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL SACRISTÁN GIGORRO.	PERALES, amigo del SACRISTÁN.
PERO DIAZ, vejete.	MÚSICOS.
MARINA, su mujer.	
LORENZO, el simple.	

*Sale el SACRISTÁN GIGORRO con sotana, manto y bonete, y debajo de la sotana lleva un justillo colorado, y viene tirando de la ropa á MARINA, mujer del VEJETE.*

SACRIST. Espérame, víbora;  
aguárdame, monstruo,  
que soy una rémora  
que detengo un corzo.  
Mira ese San Lázaro  
que, cual hijo pródigo,  
va buscando fábulas  
por el mundo lóbrego.  
Descubre esas lámparas,  
mira aqueste astrólogo,  
que con esos átomos  
me dejas atónito.  
Dame agora un júbilo  
de tus ojos sólidos,  
que es de gente plácida  
amar á su prójimo.  
Abre esa recámara,  
no me des más tósigo,  
que con estos tártagos  
me volveré hidrónico.  
Ea, Cananea,  
téplense esos órganos,  
porque con tu música  
viva aqueste incógnito.  
Ablándate, Circe.

<sup>1</sup> En la octava parte de las Comedias de Lope de Vega. Barcelona, 1617.

- MARINA. ¿Oye?, no sea tonto, que haré que Lorenzo le sacuda el polvo.
- SACRIST. *Abrenuncio, dómina.*
- MARINA. Dejemos coloquios y pase de largo.
- SACRIST. Yo me vuelvo loco. ¡Oh, maldita estrella! ¡Oh, infame pronóstico!
- MARINA. Harame merced de no hacerse plomo, que soy enemiga de gente de hisopo. Lo que digo advierta, mude de propósito, que he de ser Lucrecia.
- SACRIST. Yo Tarquino, el romo, aunque un reino pierda.
- MARINA. Mi señor Gigorro, ya le tengo dicho que es un tonto.
- SACRIST. ¿Cómo? ¿Pues hay en España, ni en el mundo todo, hombre como yo?
- MARINA. Deténgase un poco, no se alargue tanto que quedará corto.
- SACRIST. Reporto la ira por tus bellos ojos, que ellos son el freno de mis alborotos. Ama á quien te adora; goza mis despojos, pues á ti se rinden mis sentidos todos. No quieras que un alma de tan grande toldo, esté padeciendo tantos monipodios. Que si sé, por dicha, que me amas un poco, verás, mi borrega, cómo yo te adoro. Daréte mil cosas de mi promontorio, y siempre tendrás rosquillas y bollos.
- MARINA. No me haga arrumacos, que bien le conozco, que tiene más vueltas que el Hebrero loco.
- SACRIST. ¿Yo vueltas, picina? ¡Por Dios, que me corro de que así me trates, siendo único y solo! Ríndete, bobilla, mira este cimborrio de este sacristán, que es molde de tontos. Yo soy, por mis méritos, obispo de Colcos, rey de renacuajos y papa de monos.
- MARINA. Diga, por su vida, mi señor Gigorro: ¿qué razón le mueve á volverse loco?
- SACRIST. Esos ojos bellos, esos bellos ojos, que por ellos, niña, voy dando de ojos. Dame aquesa mano, que, si este bien gozo, te prometo hacer una estatua de oro.
- MARINA. Basta, sacristán: digo que te adoro, y que seré tuya sin más circunloquios.
- SACRIST. Estrellas del cielo, astros, signos, polos, celebrad mi gloria del Tajo al Pactolo. Haced que la fama publique mi gozo, con dulce sonido y admirable tono. Dame aquesos brazos, reina de mis ojos, que es justo que en ellos me zabuque todo.
- MARINA. Y en fin, ¿qué ha de darme si este bien le otorgo?
- SACRIST. Telas de las Indias con mil lazos de oro, que en los pensamientos soy segundo Corzo;<sup>1</sup> servillas<sup>2</sup> de plata, puntas de abalorio, medias de Toledo que llenen los ojos; cortes de Sevilla, gargantillas de oro, mantos de soplillo, y, al fin, para el rostro, color de Granada que estés como un oro.
- MARINA. Sepa que me han dicho que es un manda potros, y que nunca cumple promesas ni votos.
- SACRIST. Pues para que creas que algún mentiroso procura enredarme en forma de momo, toma este manteo que, aunque vale poco, es reliquia santa de mis abolorios. *(Dale el manto.)* Recíbele en prenda mientras que yo, propio, te doy certidumbre si soy manirroto. Mirale muy bien, repara en su bodrio, que ahí verás pintado á Argos con cien ojos. ¿Estás ya contenta, mi Marina?

<sup>1</sup> Parece referirse á Crespo; pero en este caso no hay rima.

<sup>2</sup> Debe de querer decir «salvillas».

- MARINA. ¡Y cómo! Este quede en prendas mientras que con otro manteo, más galán, me des en los ojos.
- SACRIST. ¿Y cómo le quieres?
- MARINA. De grana de polvo con tres pasamanos.
- SACRIST. ¿Y de qué?
- MARINA. De oro.
- SACRIST. Dale por traído, reina de mis ojos, que en eso que pides no me verás corto.
- MARINA. Anda acá, sol mío.
- SACRIST. Vamos, mi custodio, que tú eres la guarda de este cuerpo fofó. Pero, ¿no me abrazas?
- MARINA. Allega, cachorro.
- (Abrázale y váñse, y sale PERO DÍAZ, vejete, con una ballesta de bodoques, mirando á todas partes.)*
- VEJETE. ¡Hay tal bellaquería!, ¡vive Cristo, Don barberillo, que mentís mil veces, si en mi sangre ponéis alguna mácula!; que no hay en mi linaje ningún moro; y ¡voto al sol!, que si armo la ballesta, que os tengo de meter un bodocazo, y sacaros un ojo por lo menos. ¿Remoquetes conmigo y cosquillitas, que me hallé en la batalla de Lepanto sirviendo como un Cid á Don Juan de Austria? No conmigo esas chanzas, barberito, que soy peor que Judas si me enojo. ¡Bonito es Pero Díaz! ¡Hijo, Lorenzo!, ¡hijo, Lorenzo!, sal acá; ¿qué haces?
- Sale LORENZO, simple, riñendo.*
- BOBO. ¡Oh, lleve el diablo el asno del judío, y aun el que le vendió!
- VEJETE. ¿Qué es eso, mozo, que parece que el diablo anda contigo?
- BOBO. Qué diablos ha de ser, ¡voto á mi sayo!, que basta aqueste asno á hacer que el hombre pierda todo el juicio.
- VEJETE. Lorencillo, ¿con quién es la pendencia y pesadumbre?
- BOBO. Con el asno de casa.
- VEJETE. ¿Qué te ha hecho?
- BOBO. Sabrá, pues, su merced, que yo y el asno, estando en el corral esta mañana, dale al diablo, que tiene más dobleces que un zaragüel francés.
- VEJETE. Dí lo que pasa, y déjate de dimes y diretes.
- BOBO. En effeute los dos nos saludamos, y él, entonando la voz para el rebuzno, me recibió con mosquina.
- VEJETE. En efecto, ¿en qué vino á parar después el caso?
- BOBO. En que se quedó el asno hecho una mona; como vió que del canto me reía, y díjome en su lengua: «Hijo, Lorenzo, apostemos los dos (si es que eres hombre), á cuál canta mejor en canto llano.» Y apostando los dos, luego al momento saqué de aqueste lado cuatro reales, y dije que pusiese él otros cuatro. Obedecióme el asno, que es honrado, aunque hace de las suyas cuando quiere, y echando mano á su bolsón trasero, sacó cierta moneda.
- VEJETE. ¿Qué moneda?
- BOBO. Con lo que paga el asno lo que come: yo no sé si ella pasa, pero pase.
- VEJETE. Dejémonos de pullas, Lorencillo, y abrevia con el cuento.
- BOBO. En fin, el asno cantó en su voz, y yendo con su tono, no sé qué le tomó, que de los fuelles salió un punto cruel; yo dije entonces: —Téngase, señor asno, que ha perdido, que aqueste punto es falso.—Y el mohino me dió una coz en medio del estómago, que me dejó en el suelo medio muerto. Yo, de que ví que el asno era taimado, cogí un garrote y dile en la cabeza, que le dejé sin habla.
- VEJETE. ¡Vive el cielo, que creo que le has muerto!
- BOBO. Entre allá dentro, que el asno le dirá lo que ha pasado, sino es que, por su mal, esté ya muerto.
- VEJETE. (Ahora bien; aunque el asno me importaba, más vale por los más, perder los menos, y valerme de aqueste.) Hijo, Lorenzo: yo he reñido con ese barberillo porque se ha demandado de la lengua en vituperio de mi honrosa estirpe, publicando en la plaza que soy moro.

BOBO.  
Pues qué, ¿no vale más que ser judío?

VEJETE.  
Eso ni esotro, hijo de mi alma.

BOBO.  
Por eso bueno, que lo tiene todo.

VEJETE.  
Oigámonos, mocito, que hay ballesta,  
y os meteré un bodoque por el ojo.

BOBO.  
Qué sabe si cabrá, que hay otros dentro.

VEJETE.  
Vente conmigo; que este barberillo  
ha de morir aquesta noche.

BOBO.  
Vamos,  
que muy gentiles palos esperamos.

*(Váanse, y sale el SACRISTÁN, alzada la sotana, con una linterna, como de noche, y un mortero de piedra, y con él PERALES, su amigo, y dos MÚSICOS.)*

SACRIST. Esperen, señores,  
y un poquito aguarden.

MÚSICOS. Hemos de cantar,  
porque ya es muy tarde,  
y andará la ronda.

SACRIST. Vuasted no se canse,  
que aún no es media noche.

PERALES. ¿No es mejor que cante,  
porque esa señora  
al son se levante?

SACRIST. ¡Ay, señores míos!  
Vuastedes no saben  
el mal con que vengo.

PERALES. ¡Gentil disparate!  
Vuested vendrá  
perdido á remate  
por esta señora,  
que ronda la calle;  
y para decimos  
sus penas y males,  
quiere encarecello:  
¿es aquesto?

SACRIST. ¡Tate!  
PERALES. ¿He dado en la tecla,  
señor Brandimarte?

SACRIST. Otro mal, señores,  
me vuelve á la calle,  
que, para mí, entiendo  
que es mal incurable.

PERALES. Díganos su mal;  
que á veces los males  
dicen que se alivian  
con comunicarse.

SACRIST. Sabrán vuested, que, estando esta tarde  
con aquella ninfa,  
que juega de rapie,  
en señal de treguas,  
y de nuestras paces,  
le dejé el manto  
de mis Navidades.

Pero agora miro  
que es gran disparate  
por un gusto breve  
dar un don tan grande.  
Demás que no puede  
aqueste gigante,  
hijo de Nembrot,  
andar por las calles.  
Ya yo la he gozado;  
y pues ya se sabe,  
cobremos la prenda,  
y adiós, á otra parte.

PERALES. Vive Dios, Gigorro,  
que es gran disparate,  
según yo imagino,  
pensar de cobralle:  
porque están durmiendo,  
y será quebrarse  
la cabeza el hombre.

SACRIST. Háganse á esta parte  
mientras que yo llamo.

Mús. 2.º Dejadle que llame.

SACRIST. ¿Quién está en su casa?

Mús. 1.º ¿Qué es esto que hace?

Mús. 2.º Después lo veremos.

Mús. 1.º Callad.

Mús. 2.º Que me place.

*(Dice dentro el VEJETE):*

VEJETE. ¡Hola! Lorencillo,  
las ventanas abre,  
y mira quién llama.

SACRIST. ¡Ah de casa! ¿No abren?

VEJETE. ¡Lorencillo, hijo!  
No responde nadie.  
Todo el mundo duerme:  
quiero levantarme.

SACRIST. ¡Señor Pero Díaz!...  
¡Lorencillo!...

VEJETE. Aguarde,  
que ya me levanto.

SACRIST. Bueno va; ya abren.

*(Asómase el VEJETE arriba de figurilla con un candil, como que se levanta de la cama.)*

VEJETE. ¿Quién es el que llama  
con voces tan grandes?

Mús. 1.º Cayéndome estoy  
de risa, Perales,  
viendo al pobre viejo  
temblalle las carnes.

PERALES. Veamos en qué para.

VEJETE. ¿No responde nadie?

SACRIST. Señor Pero Díaz,  
vuesanced se aguarde.

VEJETE. ¿Quién es el que llama?

SACRIST. Gigorro.

VEJETE. Pues mande  
decir á qué viene,  
porque estoy en carnes.

SACRIST. Yo, señor, venía...

VEJETE. Diga, pues, que es tarde,  
y me estoy helando.

PERALES. Gallardo donaire.

SACRIST. Con este mortero,  
porque aquesta tarde  
le hube menester...

VEJETE. Prosiga adelante.

SACRIST. Yo, señor, venía...

VEJETE. Diga, pues, que es tarde,  
y me estoy helando.

PERALES. Gallardo donaire.

SACRIST. Con este mortero,  
porque aquesta tarde  
le hube menester...

VEJETE. Prosiga adelante.

SACRIST. Y esa mi señora,  
con aspecto afable,  
me le dió prestado;  
el cielo la guarde.  
Y como yo siempre  
procuro ser ágil,  
no quiero, si puedo,  
que se queje nadie.  
Este es el mortero,  
vuesanced se humane  
como suele siempre  
y á tomalle baje.

VEJETE. Yo le perdonara,  
señor, de mi parte  
que no le trujera  
á hora semejante.  
Vuélvase mañana  
ó échele en la calle,  
que por un mortero  
no es bien que me mate.  
Y otra vez no sea,  
mi señor, tan ágil.

SACRIST. Oiga; por su vida,  
téngase y repare  
que también lo hago...

MÚSICOS. Digo que me maten  
si se ha visto nunca  
cuento semejante.

Mús. 2.º Es grande su ingenio.

VEJETE. Pues ¿por qué lo hace?

SACRIST. Porque yo no puedo  
salir por la calle  
sin ese manto  
que dejé esta tarde  
por prenda y señal  
que había de tornalle;  
y he de madugar.

VEJETE. Vuesanced aguarde,  
que estoy sin juicio  
de sucesos tales.

*(Quítase el VEJETE de la ventana.)*

SACRIST. ¿No he andado extremado?

PERALES. Tienes mil donaires.

MÚSICOS. ¿Quién sino Gigorro  
pudiera cobrarle?

*(Dentro.)*

VEJETE. ¡Hola, mujer mía!

MARINA. ¿Qué hacéis de vocearme?

VEJETE. ¿Dónde está el manto?

MARINA. Ahí le ví de nantes.

VEJETE. Levantaos aprisa,  
que espera en la calle.

MARINA. ¡Jesús! ¿Qué es aquesto?

VEJETE. ¿Hay tal disparate?

MARINA. Levantaos, señora,  
antes que os levante  
arrastrando yo.

MARINA. Allegá á sacarme.

SACRIST. ¿No escucháis las voces?

PERALES. Bueno va cobralde,  
porque no sería  
ella esfinge ó áspid.

VEJETE. Toma esa luz, mozo.

BOBO. Ya la mató el aire.

*(Sale el VEJETE y MARINA, su mujer, y el BOBO.)*

SACRIST. ¡Oh, señores míos,

el cielo los guarde!

MARINA. Y á ti, bellacón,  
un fuego te abraze.

VEJETE. ¿Es el manto este  
que quedó esta tarde  
en casa por prenda?

SACRIST. Sí, señor.

VEJETE. Tomadle,  
que á mí me ha pesado  
de que se os tomase  
la prenda por cosa  
que tan poco vale.

SACRIST. Vivan vuesancedes  
mil siglos y edades,  
para que continuo  
me honren y amporen.

VEJETE. Yo quedo obligado  
desde aquí adelante  
á servir aquesto.

BOBO. Vengase por carne.

VEJETE. Oyete, Lorenzo,  
que si mucho me haces,  
por Dios poderoso  
que te descalabre.

BOBO. Tome su mortero,  
si es que gusta, y calle,  
pues el sacristán  
machaca de balde.

VEJETE. Y, en fin, otra vez  
aquí no se extrañe,  
pues ve que esta casa  
desea agradarle;  
y á vos, mi señora,  
os digo delante  
del señor Gigorro,  
que podéis prestalle  
el mortero vuestro  
para que machaque  
sin que traiga prenda  
hasta que se harte.

MARINA. Digo, Pero Díaz,  
que obedezco.

BOBO. Calle,  
que él vendrá por él  
sin que él se lo mande.

MARINA. Plega á Dios, aleve,  
que á manos de un áspid  
muera dando voces,  
porque á nadie engaños.

VEJETE. ¿Quién es esa gente?

SACRIST. Dos amigos, grandes  
músicos, del alma.

VEJETE. Pues haced que canten,  
ya que aquí han venido.

SACRIST. Cantad.

MÚSICOS. Que nos place.

MARINA. Pues vaya esta letra,  
que tiene donaire,  
y es muy á propósito  
de lo desta tarde.

*Letra.*

«Marido, pues sois carnero,  
si no queréis que se entienda,  
dad al sacristán la prenda,  
pues os ha vuelto el mortero.»

VEJETE. Hola, mujer mía,

no quiero que pase, si vos sois servida, ese consonante.

MARINA. ¿De qué?

VEJETE. De carnero.

BOBO. Sea cordero, y vale.

MÚSICOS. Ahora, mis señores, eso es disparate. La copla es muy buena y es bien que se cante.

VEJETE. Alto, pues que gustan, carnero me llamen.

BOBO. Y será muy bien de donde topare.

(*Cantan los MÚSICOS y bailan el SACRISTÁN y MARINA.*)

MÚSICOS. «Marido, pues sois carnero, si no queréis que se entienda, dad al sacristán la prenda, pues os ha vuelto el mortero.»

MARINA. Prestad, marido, paciencia en medio de tanto afán, y volved al sacristán la prenda sin resistencia. Que yo juro en mi conciencia que otra vez me venga yo; pero qué digo, eso no: haced como caballero.

MÚSICOS. «Dad al sacristán la prenda, pues os ha vuelto el mortero.»

Fin del entremés del *Mortero y chistes del Sacristán.*

## 54

Entremés famoso del Triunfo de los coches.<sup>1</sup>

COMPUESTO POR BARRIONUEVO

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:<sup>2</sup>

MONTANCHES, casamentero.  
DON BELTRÁN.  
DON PLÁCIDO.  
BILCHES, pobre.  
DOS MÚSICOS.  
DOÑA HIPÓLITA.

FELIPA.  
CERVANTES.  
UN PAJE DE DON PLÁCIDO.  
OTRO DE JACOME BENDI-  
NELO.

*Sale MONTANCHES solo con ropa de levantar.*

MONTANCHES.

La gente pobre todo es trazas. ¿No es bueno que estaba yo, agora diez años, que no tenía un pan que comer, y estoy agora, gloria á Dios, que no sé lo que me tengo? Y lo he adquirido desta manera: que siendo yo vagamundo, entré un día en consejo sobre qué oficio tomaría, y salió decretado que fuese casamentero; y no es negocio de burla, porque ha sido de manera que en dos años que ha que lo uso, de oro hubiera ganado más sino fuera por unas viudas que se han introducido agora nuevamente, y

<sup>1</sup> En la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Barcelona, 1617.

<sup>2</sup> Intervienen además EL PADRINO, LA MADRINA, PERO GÓMEZ, ANTON DÍAZ y JUAN BLANCO.

se han hecho casamenteras, y tales son que juntarán una culebra con un gallo si fuere necesario.

*Sale FELIPA.*

FELIPA.

¿Está en casa el señor Montanches? ¡Oh!, beso las manos de vuesa merced mil veces.

MONTANCHES.

¡Oh, señora Felipa!, sea vuesa merced muy bien venida.

FELIPA.

¿Hase acordado vuesa merced de mí, señor Montanches?

MONTANCHES.

¿Piensa vuesa merced que me descuido en lo que es tocante al servicio de vuesa merced? Cuatro maridos tiene en que escoja á su gusto, que cualquiera de ellos es muy bueno.

FELIPA.

Váyamelos nombrando vuesa merced.

MONTANCHES.

El primero es Juan de Espinosa, y éste es entre barbero y cirujano; tiene su tienda aquí, en la calle de Atocha, y es de muy buena parte, porque dice es montañés.

FELIPA.

Y si viene á mano será gallego.

MONTANCHES.

En eso no me meto.

FELIPA.

Señor Montánchez, no me agrada ese marido.

MONTANCHES.

¿Por qué, señora?

FELIPA.

Yo se lo diré á vuesa merced. Nunca fuí aficionada á ese arte, porque no es de mi humor ver un barberito destos muy levantado de bigotes y estar todo el día á la puerta de la calle llamando con la guitarra las barbas que ha de hacer. Diga el segundo vuesa merced.

MONTANCHES.

El otro es un alquimista.

FELIPA.

Délo al diablo vuesa merced, que estará todo el día en casa fabricando quimeras.

MONTANCHES.

Cásese con un boticario.

FELIPA.

Ni por pienso. ¡Jesús!, pues con un hombre que no sale en toda la vida de casa, ¿quería vuesa merced que yo me casara? No quisiera yo sino un hombre barbilargo, carisufido, á la traza de mi mal logrado, que no entiendo que lo hallaré como él en mi vida; porque tenía tal condición, que ni oía, ni veía ni aun sentía.

MONTANCHES.

¡Oh, qué marido le tengo tan lindo! Pero hay muchas golosas para él, y creo que podrá venir á sus manos de vuesa merced.

FELIPA.

Ahí entra el saberlo yo servir y gratificar á vuesa merced.

MONTANCHES.

¡Oh!, es pintado para su condición de vuesa merced.

FELIPA.

Y aun para la de todas lo habían de ser los maridos, que ni oyeran ni vieran, sino que los tuviéramos como un cuadro, para adorno de casa.

MONTANCHES.

Ahora bien, señora Felipa; vuesa merced se vaya con Dios, que yo la avisaré á vuesa merced con brevedad de todo.

FELIPA.

Pues, señor, suplico á vuesa merced no se descuide de hacerme merced, que en lo que toca á servírselo yo á vuesa merced no habrá tasa, y para en tanto sírvase vuesa merced deste par de escudos; y perdóneme vuesa merced el atrevimiento en dar esta miseria.

MONTANCHES.

¡Oh, señora! No haga vuesa merced eso conmigo, váyase con Dios; acabe ya. ¡Jesús y qué porfiada es vuesa merced! No use eso conmigo.

FELIPA.

Ea, beso á vuesa merced. (*Váse.*)

MONTANCHES.

Buena va ésta; ya tenemos con que santiguarnos.

*Sale BILCHES, pobre.*

BILCHES.

¡Oh, señor Montanches! Beso las manos á vuesa merced.

MONTANCHES.

¡Oh, Bilches! Sea bienvenido.

BILCHES.

¿Hase acordado de mí vuesa merced, señor Montanches?

MONTANCHES.

Sí, en verdad, que el otro día estuve en el jubileo de San Francisco, y hice matrícula de todas las probas que ejercitan el arte de la brujería, para saber dellas las que se querían casar, y le traigo cuatro mujeres en que escoja una, la que más gusto le diere.

BILCHES.

Sepamos quién son, por vida de vuesa merced.

MONTANCHES.

La una es Alfonsa.

BILCHES.

La Alfonsa no la conozco ni sé quién es.

MONTANCHES.

¿No? Una que acude de ordinario á Nuestra Señora de Atocha.

BILCHES.

No quiero mujer ultramuros.

MONTANCHES.

Aguarde, cátese con una irlandesa.

BILCHES.

¿Qué? Délas á los diablos, que no las puedo ver, porque son rezongonas, y piden cochiflorrias, y nadie está bien con ellas, por ser impertinentes y prolijas, y no las dan limosna.

MONTANCHES.

¿No le contenta ésta? Cásese con Mari Rubia, que es manca de una mano y le faltan las narices y un ojo.

BILCHES.

Pocas lisiones son esas para pedir limosna, y demás de eso no tendrá voz ninguna, y si alguna tiene, se le saldrá por las narices y no la oirán de aquí allí.

MONTANCHES.

Cásese con Ana Díaz, que tiene dos muchachos y ella anda con unas muletas.

BILCHES.

¡Ah, señor Montanches! Algún tiempo era válido eso, mas ya está la malicia muy en su punto, y dicen todos que las muletas son apariencias y los muchachos alquilados.

MONTANCHES.

Si no le contenta á Bilches ninguna destas que le tengo nombradas, tengo para mí, que con las que agora le dijese, no se dejara de contentar.

BILCHES.

¿Quién es, señor, que podría ser que me estuviese á cuento?

MONTANCHES.

Es una López, una que está tullida de pies y manos y la traen en un carretón.

BILCHES.

Esa mujer es de mucha costa, que es como escudero pobre, que se casa con mujer que quiere coche; y fuera de eso ha menester allegar esa mujer cada día cien reales y no tendrá para pagar al que la trae en el carretón. No quiero mujer estatua, sino mujer que la pueda yo traer de aquí para allí; y crea usted, señor Montanches, que mientras una mujer no tuviere una pierna como mi cuerpo, y el suyo como un San Lázaro, acribillado de hilas y ungüentos, no la darán limosna y juntamente ha de tener la voz de un pregonero, que cuando Dios quería, y era servido, tenía yo otra voz de la que tengo agora.

MONTANCHES.

Pues qué, ¿ha sido el señor Bilches cantor ó músico en algún tiempo?

BILCHES.

Que no, señor, que los pobres siempre lloran; pero pedía limosna en un tiempo, que me iba muy bien.

MONTANCHES.

Pues ¿cómo pedía limosna en aquel tiempo?

BILCHES.

¿Cómo, señor? Clamando.

MONTANCHES.

¿Clamando? ¿De qué manera?

BILCHES.

Yo se lo diré á vuesa merced. Tomaba yo una calle por la mano, á la hora de la siesta, y con una voz muy triste y melancólica, clamaba y daba tan grandes voces que era de manera que provocaba á lástima, que tiniéndomela, muchos me la daban, y había algunos tan coléricos que me decían aquello del moro Zaide:

«Mira, pobre, que te aviso que no pases por mi calle.»

MONTANCHES.

¡Bueno por vida mía!

BILCHES.

Sepa vuesa merced que todo esto es menester y aun más, porque si no es con muy buena labia, no se allega un cuarto, y están ya muy empedernidos los corazones y los tiempos muy perdidos.

MONTANCHES.

Ahora váyase con Dios, que yo le buscaré una mujer muy á gusto.

BILCHES.

Señor Montanches, como ella tenga las calidades concurrentes al arte mendicante, que es lo más esencial para sacar la presa de las uñas del gavilán, yo aceleraré, sin duda alguna, luego al momento el casamiento; y no querría enlodarme, sino acertar con una mujer que no me gastase la hacienda en gaiterías, ni me pidiese dimes ni diretes.

MONTANCHES.

Váyase con Dios, que yo haré lo que tengo dicho, y le buscaré una mujer muy á su gusto, y sé que me ha de echar más de mil bendiciones.

BILCHES.

Suplico á vuesa merced no se descuide, que en lo que toca á la paga será muy cumplida, y con mucha satisfacción. Ea, beso á vuesa merced las manos. (Váse.)

MONTANCHES.

¡Válate Dios por hombre, y qué gracioso que ha estado!

(Llama Doña Hipólita dentro, diciendo):

DOÑA HIPÓLITA.

¿Quién está acá? ¿Está en casa el señor Montanches?

MONTANCHES.

En casa está; ¿quién le busca? Entre quien es.

Sale Doña Hipólita.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Oh, señor! Beso á vuesa merced las manos.

MONTANCHES.

Yo las de mi señora doña Hipólita. ¿Qué es lo que manda vuesa merced en esta pobre casa, en que la sirvamos?

DOÑA HIPÓLITA.

Yo se lo diré á vuesa merced, señor Montanches. Lo primero y principal es á besarle las manos. Y lo segundo á que vuesa merced me haga merced, pues sabe que soy una doncella recogida, rica y de buenas partes, y hija de buenos padres, y tengo hacienda, gloria á Dios, y no tan poca, que no pasa de veinte mil ducados; y desde que mis padres murieron estoy en casa de unos parientes míos, y descúdanse en casarme, quizá por heredarme; y porque no se vean en tal gozo, querría que vuesa merced me buscara un coche.

MONTANCHES.

¿Un coche?

DOÑA HIPÓLITA.

Digo un marido que sea honrado y de buenas partes, y que tenga coche; y aunque no tenga hacienda, no repare vuesa merced en ello.

MONTANCHES.

Antes entiendo que no tendrá coche, porque he oído decir que han mandado que no los haya.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Jesús, y qué mal mandado sería eso!

MONTANCHES.

¡Oh, qué marido le podía yo dar á vuesa merced, tan virtuoso que aunque se hubiera echado en oración y pedido y suplicado con mucho fervor á los santos que casan, con misas y oraciones, ayunos y candelillas, no le pudiera topar mejor!

DOÑA HIPÓLITA.

¿Luego hay santos que casan?

MONTANCHES.

Sí, señora; luego, ¿no lo sabe?

DOÑA HIPÓLITA.

Y ¿quién son?

MONTANCHES.

El primero es San Nicolás de Tolentino, y los benditos Reyes Magos, y los santos auxiliares y otros muchos que no nombro por no acordarme de sus nombres. Pero, volviendo

DON BELTRÁN.

No, no; en tratándome de coche, no hay parar un punto.

MONTANCHES.

Y si la mujer trae hacienda para sustentarlo, ¿no lo tendrá?

DON BELTRÁN.

De ninguna manera.

MONTANCHES.

¿Por qué causa?

DON BELTRÁN.

Por muchas; y sepa vuesa merced que el coche es una necedad fundada en honra, y un símbolo de ingratitud, y al cabo de poco tiempo que uno le tiene, cuando más descuidado está se trastorna y mata al dueño. Mas que los coches no se hicieron sino para las personas reales y caballeros grandiosos y de la Cámara, que tienen con qué sustentarlos, y no para personas que dejan de comer ellos y sus familias, y venden sus haciendas para tenerlos, y no viven de otra cosa sino de infernar las almas, y son polilla de la hacienda y una segunda cruz del matrimonio.

MONTANCHES.

Bastantes razones da vuesa merced para no tenerlo.

DON BELTRÁN.

¿Sabe vuesa merced qué hago yo? Cómome el coche de gallinas y los caballos de perdices, y bebo el cochero.

MONTANCHES.

Muy buena pascua le dé Dios á vuesa merced, que hace muy bien.

DON BELTRÁN.

Y si tengo de tener tres pajes, traigo dos y cómome el otro de torreznos.

MONTANCHES.

Digo, señor don Beltrán, que todo eso me parece perlas.

DON BELTRÁN.

Vuesa merced se quede con Dios, que me ha parecido el coche de tal manera, que para toda mi vida quedo ahito dél. (Váse.)

MONTANCHES.

¿Qué le parece á vuesa merced, señora doña Hipólita?

(Destápass Doña Hipólita, y dice):

DOÑA HIPÓLITA.

Que tiene muy mal gusto el señor don Beltrán, y debe de ser, sin duda, el que se perdió con la mucha polvoreda, y temiendo que se la han de hacer los coches, no los puede ver, porque no se la hagan segunda vez.

MONTANCHES.

Grande es la pasión que vuesa merced tiene por los coches.

á nuestro propósito, digo que el que tengo dicho á vuesa merced le viene de molde, porque es un hombre honrado, y mozo de hasta veinticinco años, y tiene un oficio en palacio muy honroso, mas no tiene coche.

DOÑA HIPÓLITA.

Pues ¿qué quería ese majadero, que se anduviese su mujer á pie?

MONTANCHES.

No; pero da una buena razón, y dice que para las pocas visitas que su mujer ha de hacer, le comprará una silla.

DOÑA HIPÓLITA.

Por cierto no me faltaba á mí otra cosa sino ensillarme agora, habiendo dejado un coche de cuatro caballos.

MONTANCHES.

Con el dueño se casaría vuesa merced, que con el coche era disparate.

DOÑA HIPÓLITA.

Señor, ¿no se casan ellos con las haciendas? Pues nosotras nos casamos con los coches.

MONTANCHES.

¡Bravo deseo es el que tiene vuesa merced de un coche!

DOÑA HIPÓLITA.

Todas le tenemos, señor, sino que unas disimulan más que otras.

Sale Don Beltrán.

DON BELTRÁN.

¿Quién está acá? ¿Está en casa el señor Montanches?

MONTANCHES.

Este es don Beltrán, que es el que tengo dicho á vuesa merced. Tápese, que ya le reduciremos á que tenga coche. Entre vuesa merced, señor don Beltrán, que para vuesa merced no hay puerta cerrada.

DON BELTRÁN.

¡Oh, señor! Dios guarde á vuesa merced mil años. ¿Háse acordado vuesa merced de mí?

MONTANCHES.

Sí, señor, muy en la memoria he tenido á vuesa merced, y le tengo una mujer muy principal y muy hermosa, sino que quiere coche.

DON BELTRÁN.

¿Coche?...

MONTANCHES.

Coche.

DON BELTRÁN.

Beso á vuesa merced las manos mil veces.

(Hace que se va y tiénle MONTANCHES.)

MONTANCHES.

Venga acá vuesa merced. ¡Jesús, y qué extraño hombre que es! ¡Válgame Dios! ¡oígame dos palabras.